4963

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
C82
Foll.15

Francisco Caballero López

y

Dolores D. de Caballero

NAVARRA

DRAMA EN TRES ACTOS

1938

Pedidos a { SANTA CRUZ DE TENERIFE
IMPRENTA CATÓLICA.—PLAZA CONSTITUCIÓN, 10

Precio 2 pts.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

T6-2 (AG.851)

NAVARRA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

FRANCISCO CABALLERO LÓPEZ

Y

DOLORES D. DE CABALLERO

"...llegó a emocionarme en varios pasos. Está muy bien y hará mucho bien, lo cual vale mucho más todavía. ¡Es de tanta actualidad! Y sobre todo está escrito con una fé muy grande en el entendimiento y un amor muy encendido en el corazón; y esas son las dos cosas que levantan al hombre y que hacen digna y bella la vida."

† Fr. Albino, Obispo de Tenerife

R.

1938

IMPRENTA CATÓLICA.-PLAZA CONSTITUCIÓN, 10.-SANTA CRUZ DE TENERIFE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PERSONAJES

ROSA	28 años
ANGEL PABLO	30 »
MARINIEVES	20 »
ENRIQUE	8 »
ANITA	10 »
HUÉRFANO	7 »

MILICIANA ROJA.

PRISIONERAS 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.

CLASE MEDIA. EPOCA ACTUAL

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ACTO PRIMERO

Habitación de estar. Rosa, haciendo labor. Anita junto a su madre, tratando de convencerla.

Anita.—Anda, mamá; van mis amiguitas. Las de Ochandea y las de Vidarte, Maruja y Carmela. Además, ¿no voy con tita? ¿Qué puede pasarme?

Rosa.—Lo sé, hija mía. No te pasaría nada. Yendo con tu tía vas bien. Pero eres demasiado pequeña para asistir a un baile. Podrías manchar tu alma y antes que te ocurra tal desgracia prefiero cualquier cosa.

Anita.—Mamá, sé buena. Déjame. Me portaré tan bien, que habrás de quedar contenta de mí.

Rosa.—No cederé jamás, Anita. Mi conciencia me dice claramente cual es mi deber y no puedo transigir.

Anita.—(Con forzada resignación.) Entonces...

Rosa.—Entonces, nada. Te quedarás aquí con tu madrecita que te adora; esperaremos juntas, haciendo labor, a tu padre. Volverá del Colegio tu hermano Enrique, que, como siempre, nos contará sus ocurrencias.

Anita.—Mamá, ¡que bueno es Enrique! Desde que se prepara para hacer su primera Comunión parece un ángel.

Rosa.—¿Lo has notado? Imítale, hija mía. Copia de él. Tan obediente, tan aplicado! De noche, cuando le veo en su camita, de rodillas, rezando con sus brazos levantados en cruz, me siento dichosa, me considero la madre de un santo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Anita.—Quisiera yo ser como él. Pero, me cuesta tanto... ¿Por qué será tan difícil ser buena?

Rosa. Es cierto, hija mía. Pero es que la recompensa que Dios nos ofrece es muy grande y todas las penas que se pueden sufrir en el mundo no son dignas de tanto premio.

Anita. ¡Sufrir! Qué palabra tan amarga, mamá. Sufrir. ¿Y por qué no gozar? ¿Por qué Dios castiga el placer?

Rosa.—No castiga Dios el placer. ¿Quién ha dicho tal cosa? ¡Cuántos placeres nos proporciona El mismo con ternura de Padre! ¿No es placer ver la luz, en una mañana espléndida, cuando tiembla el rocío en las flores, trinan los pajarillos, se envuelve el mar en su manto de brumas y la tierra toda se estremece de júbilo y de vida al beso del sol? ¡Cuánto daría un ciego por contemplar este cuadro! Nosotros, cansados de verlo, olvidamos su hermosura. Placer es apagar la sed en un vaso de agua pura y transparente, fresca y agradable como regalo del cielo. ¡Qué placer sería para un hambriento una mesa provista de gratos manjares! Dios nos la concede cada día y olvidamos su beneficio.

La cama tibia, la flor que nos alegra la vista y nos regala su aroma; la noche, que nos presenta la belleza de su cielo lleno de luceros, variados y caprichosos, y campeando la luna, como un vendaval, por donde saliera un débil resplandor del Alcázar de Dios, de nuestra Patria eterna... estos, y otros mil por el estilo, ¿no son placeres puros, que bastan y sobran para un alma sencilla y cristiana? Los placeres que Dios prohibe son los que manchan el alma y nos roban la felicidad: la ira, la venganza, lo que nos acerca al irracional. Eso es lo que Dios no quiere para sus hijos.

Anita.—Tú eres una santa, mamá. ¡Cuánto daría yo por ser como tú!

Rosa.—Quisiera ser lo que me dices. Pero no soy más que las demás mujeres de mi tierra. En Navarra somos así, hija mía. Navarra es el corazón de la auténtica España. Decir Navarra, es decir valor y sacrificio, lealtad y nobleza. Aquí no puede haber cobardes ni incrédulos; ni siquiera creyentes a medias. Los hombres quieren como todos a su mujer, a sus hijos, a su hogar. Pero antes que a nadie, quieren a Dios. Y en cualquier momento lo dan todo, fortuna, bienestar, cariño y vida, por su Religión y por su Patria.

Anita.—Y tita, ¿por qué no es como tú? Ella nunca nos habla de estas cosas. Se pinta, baila, apenas va a la Iglesia, no reza casi nunca... ¿Por qué será así?

Rosa.—Ellos, tu padre y su hermana, piensan, es verdad, de otra forma que yo. Pero son muy buenos. Hemos de pedir mucho, hi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ja mía, para que conozcan los caminos del Señor. ¡Qué desgracia tan grande es extraviarse sin remedio!

(Entra Enrique. Viene del Colegio. Da un beso a su madre.)

Enrique.—Buenas tardes. ¡Qué contento vengo hoy, mamá!

Rosa.—¿Qué te ocurrió?

Enrique.—El profesor nos explicó que todos tenemos reservado un puesto en el Cielo y que con un poco de sacrificio podemos conquistarlo. ¡Qué hermoso es el sacrificio!

Anita.—Sí, será muy bonito. Pero después, cuando llega la hora de pasar por él, es otra cosa.

Enrique.—También nos habló de eso. Mira. Dijo que la vida es una milicia y que el Capitán es Jesucristo. El lleva su Cruz, y va delante. Va herido y tiene clavada en su cabeza una corona de espinas. ¿Podrán quejarse los soldados cuando el Jefe va dando ejemplo?

Anita.—Mamá, yo quiero comulgar con mi hermano. En ese día tan grande quiero estar a su lado y sentir también en mi alma el abrazo del Señor.

Rosa.—Sí, irás, y yo con vosotros.

Enrique.—Mamá, quisiera que me hicieras una túnica para ir vestido como el Niño Jesús. Yo le he visto en el altar y en las estampas y lleva una túnica celeste, con florecillas bordadas.

Rosa.—Sí, sí. Yo misma te la haré y la bordaré a tu gusto. Pedidme en este asunto lo que queráis. Vivir pensando en el Cielo es adelantar ya la felicidad del Paraíso.

Anita.—Y papá, ¿vendrá también con nosotros?

Rosa.—No sé, hijos míos. ¡Está siempre tan ocupado!... Pedídselo al Señor y quizás os lo conceda.

Enrique.—Todas las noches antes de acostarme pido al Señor por todos, y en particular por él.

(Entra Angel Pablo. Elegante. Despreocupado.)

Angel Pablo.—Hola, ¿qué tal lo pasáis?

Rosa.—Angel Pablo, me parecía que tardabas.

Angel P.—Es verdad. Me encontré en el camino a un antiguo amigo y nos hemos pasado el rato charlando de mil cosas. Y vosotras ¿qué me contáis?

Enrique.—Papá, dentro de unos días voy a hacer mi primera Comunión. Mamá me ha prometido hacerme una túnica y bordarla ella misma. ¡Que contento estoy!

Angel P.—Yo te haré también un buen regalo. Lo que me pidas.

Enrique.—El regalo que te pido es que tú me acompañes a comulgar. Mamá vendrá conmigo y Anita. ¿Por qué vas a faltar tú?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Angel P.—(Sorprendido y disimulando.) Llevas razón, hijo mío. Yo debo también ir y es posible que vaya. Pero ya sabes lo que me suele ocurrir. Me propongo hacer algo y, cuando menos lo espero, un viaje, un asunto urgente, me hacen variar de propósito.

Anita.—Mamá ¿y la merienda?

Rosa.—Decid a la doncella que os la dé y marchaos un rato a jugar al jardín.

Angel P.—(Cuando ha visto salir a los niños.) ¡Qué edad más feliz! ¡Cómo los envidio!

Rosa.—¿Los envidias de verdad? Tú podrías ser feliz como ellos. El que tiene Fe tiene a Dios y con Dios basta.

Angel P.—Rosa, dejemos esta conversación. Ya sabes que nunca nos conduce a nada. Tu eres profesora y has estudiado mucho. Pero yo he leído más que tú. Y sinceramente te digo que no puedo creer. A veces quisiera sentir a Dios, tener una Fé como la tuya. Pero me es imposible.

Rosa.—¿Imposible?

Angel P.—Sí, Rosa. Completamente imposible. La Religión no se ha hecho para mí.

Rosa.—¿Para quién se ha hecho entonces?

Angel P.—¡Qué sé yo! Para mujeres, para niños... para los débiles.

Rosa.—No, Angel Pablo. Tú sabes que eso no es cierto.

Angel P.—Bueno, no es el momento ahora de discutir este asunto. Ya tendremos lugar más adelante.

Rosa.—No, es hora siempre. Esta es la cuestión única que nos debe interesar en la vida. Lo demás es secundario. Pasamos como una sombra, como una flor que nace por la mañana y en la noche se deshoja. Gozar, sufrir, amar, tener riquezas... ¿Qué importa todo esto cuando la cuna y el sepulcro están tan cerca que cruzamos por el mundo y desaparecemos como las olas que se suceden y van muriendo en la playa?

Angel P.—¡Qué seria te pones! Hablemos, si te parece, de otro tema. ¿Quieres que vayamos esta noche al teatro?

Rosa.—Angel Pablo, te amo demasiado para dejar una vez más este asunto sin ultimar. Tus hijos, los has visto, son dos ángeles. Ellos tienen en su corazón la Fe de Cristo, pura, íntegra, como la conserva Navarra. No sospechan siquiera que en tu alma no brillen sus mismas creencias. ¿No has pensado el daño y el escándalo que les darías, el día que ellos se asomasen a los abismos de tu incredulidad? ¿Por qué no crees, esposo mío? Tú, que eres inteligente, culto, bondadoso, ¿por qué no te inclinas ante Jesucristo? ¿No sabes que basta abrir ligeramente la historia de la Humanidad para convencerse de que todo lo más grande, más noble y más poderoso que ha existido, ha aceptado el Evangelio?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En la Literatura universal, no fueron príncipes Cervantes, Calderón y Lope de Vega? Dante y el Tasso, Corneille y Racine, Sakhespeare y Milton? Pues ellos, tan cultos, de inteligencia tan privilegiada, creyeron en Cristo.

No tuvieron talento San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Bossuet y Ferelón, Descartes y Malebranch, Santo Domingo, Santa Teresa, San Ignacio y San Juan de la Cruz? Pues ellos, oradores tan brillantes, poetas tan elevados, y a la vez tan generosos y tan ejemplares, siguieron a Cristo.

Y si pasamos al terreno de las Ciencias y de las Matemáticas, ¿no creyeron en el Evangelio, Galileo y Euler, Pascal y Bacón, Leinetz y Newton? Dime, Angel Pablo, hay entre los incrédulos hombres que superen a éstos por su talento, por su elocuencia o por su bondad?

Angel P.—No los hay, lo reconozco. Es más, estoy convencido de que no es mi inteligencia la que me cierra el paso de la Fe; es mi voluntad, son mis costumbres, las que no pueden admitir una ley que impone tan serios sacrificios. Además, ¿piensas que a Dios puede importarle que yo crea en El o no? Déjame, Rosa, en mi ceguedad; prefiero mi vida fácil y cómoda a las enseñanzas de la Cruz, que no acabo de comprender.

Rosa.—Entonces, Angel Pablo, esos genios que te acabo de citar, esos hombres ilustres, que pasaron su vida estudiando la Religión de Cristo, ¿fueron unos ilusos? Dices que no puedes admitir la Religión porque no la comprendes. Pero, ¿la has estudiado seriamente? ¿Qué dirías de un hombre que negase la existencia de la electricidad, de la química o de la telefonía sin hilos, porque no las comprendiese, sin haberlas estudiado? Y sin embargo, la Religión, que es la más alta y por lo mismo la más difícil de las ciencias, tú la rechazas, sin tomarte el trabajo de estudiarla. Dices que a Dios, poco puedes importarle. ¿Por qué? Somos obra de sus manos; su obra maestra entre todo lo que vemos.

Nuestra alma, esta alma capaz de remontarse a los cielos, y de sondar los abismos; que sabe producir melodías como jamás entonaron los ruiseñores, medir las distancias de los soles, atravesar los mares, escalar las nubes; el alma humana, inmensa como el espacio, que en los genios brilla como un sol, en los artistas vibra como un arpa, y en los santos se eleva como un serafín, es para Dios de tanto valor que llegó al límite de su Omnipotencia para rescatarle, y en un gesto de amor infinito, se hizo hombre, padeció pobreza, hambre, desprecios, heridas... Dejó que le coronasen de espinas, y finalmente, como un malhechor, entre los insultos de la plebe y las blasfemias de sus enemigos, murió

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

perdonando, mostrando al mundo sus brazos abiertos para acogerle y su Corazón herido para guardarle.

Angel P.—Rosa, es muy hermoso cuanto acabas de decirme; pero mejor me sometería ante un Dios lleno de poder y majestad, que ante un Dios crucificado.

Rosa.—¡Un Dios crucificado! A ese extremo quiso El reducirse para enseñarnos humildad. Pero nuestra Fe, aunque ciega e impotente ante el misterio, no está apoyada en el aire. Nosotros creemos en El, porque ha resucitado.

Angel P.—Y podrías probarme que cuanto acabas de decirme es verdaderamente histórico?

Rosa.—Perfectamente auténtico. Más de diez y ocho millones de mártires han dado gustosamente su vida por dar testimonio de esta verdad. Los Apóstoles, testigos de la vida admirable de Jesucristo, fueron los primeros en dar su sangre, sosteniendo aquella doctrina tan estupenda que venía a revolucionar hasta los cimientos de la Sociedad.

Angel P.—Rosa, tu palabra lleva raudales de luz a mi inteligencia. Sabes argumentar de una forma que la verdad se abre camino como en la niebla un rayo de sol. Pero es mi corazón el que no se convence. Mis dudas nacen de él. Por eso soy incrédulo.

Rosa.—Dudar de Dios, negar a Jesucristo, sería cerrar los ojos ante la luz del sol y negar su existencia. Como el Evangelio va contra la tiranía, contra el oro y contra la lujuria, las tres concupiscencias del espíritu, de los ojos y de la carne—que dice el Apóstol—no tiene nada de extraño que se hayan levantado legiones furibundas para apagar su luz divina. Herejes, perseguidores, impíos, quisieron en todos los tiempos borrar el nombre de Cristo, destruir sus palabras, aventar las cenizas de su Cruz. Y todo en vano. Los enemigos de Cristo, son sus más firmes testigos. Porque no se persigue ni se aborrece lo que no existe. Jesucristo es perseguido, luego existe. He aquí la mejor prueba de su existencia.

Angel P.—Llegarías a convencerme de que Cristo existe, de que su Evangelio es innegable; pero mi voluntad se alzaría siempre contra todo y contra todos, para vivir feliz en su rebeldía.

Rosa.—Feliz! Dónde está la felicidad? Dime si alguno, siguiendo sus pasiones, entregado a los vicios, fué verdaderamente dichoso? Nos acecha el dolor, la tristeza, el hastío. Lejos de Dios no hay más que sombras y desesperación. Y al final de una vida sin méritos para el Cielo, la horrible perspectiva de un castigo eterno. Pensando en este dilema espantoso de eternidad feliz o desgraciada, los desiertos se poblaron de penitentes y los claustros de vírgenes. Esta Fe en la palabra de Cristo sostuvo el heroísmo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

del sacerdote, la pureza de la doncella, la intrepidez del misionero, la serenidad del mártir.

Angel P.—Está bien, Rosa. Ellos nacieron para santos. Pero yo no podría nunca ser como ellos. Me conozco demasiado bien, y sé que todos mis propósitos se estrellarían contra mi voluntad tan débil y mis pasiones tan violentas.

Rosa.—Pasiones violentas! Voluntad débil! Como todos, Angel Pablo. Pero la santidad que es imposible para el hombre, es fácil con el auxilio de Dios. Con Dios lo podemos todo. Y El está en el Sagrario, para ser amigo y consejero, luz y alimento. Allí está para entrar en nosotros mismos, convertirnos en El y comunicarnos su pureza y energía.

Marinieves (Entra muy pintada. A la última).—Hola! De discusión, seguramente. No tengo más que veros la cara. Tú entusiasmada y tú pensativo. Pero, ¿es que creéis que vale la pena para unos días que vamos a vivir, atormentarse la cabeza, con problemas tan hondos? Tú, Rosa, eres una mujer cristiana de corazón, con alma navarra; tú, Angel Pablo, un incrédulo. Nunca podrán encontrarse vuestros pensamientos, aunque os pasarais la vida discutiendo. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. Prefiero la frivolidad. El pasatiempo. El placer sin trascendencia. Me gustan: la moda, el baile, el cine, el flirteo. Quiero vivir como mariposa, volando sobre todas las flores, un momento en cada una. ¿No os parece que esta es la mejor de todas las filosofías?

Rosa.—Marinieves, olvidas que tenemos un alma inmortal! Qué difícil sería llevar a tu alma el convencimiento de nuestra Religión. ¡Es preferible la incredulidad a la indiferencia. La mujer frívola alterna el teatro con el templo, la Comunión con el Cine, la oración con la moda. Jesucristo dice que a las personas tibias, que es decir a las frívolas, las detesta, porque le producen náuseas.

Marinieves.—No te pongas trágica, Rosa. Ya sabes que todo eso me trae sin cuidado. Y tú, Angel Pablo, ¿qué dices? ¿Te vas dejando convencer por tu mujer? ¿Tú, el espíritu fuerte, el que daba en París la nota de despreocupado y libertino, vas a terminar por coger el Rosario y darte golpes de pecho?

Angel P.—Pero has podido pensar siquiera por un momento tal cosa de mí? Rosa, óyelo bien.

(Entra silenciosamente Enrique).

Te lo digo de una manera terminante. Acabemos ya de discutir para siempre. Puedes con libertad practicar tu Religión. Te concedo más. Puedes inculcarla en nuestros hijos. Pero a mí, te prohibo terminantemente que me vuelvas a hablar de Dios.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Enrique. (Que ha oído perfectamente las últimas palabras).—Papá, tú no crees en Dios?

Angel P.—Maldición, me ha escuchado mi hijo! Soy el más desgraciado de los hombres!

Rosa.—Angel Pablo, no te desesperes.

Angel P.—Déjame, mujer. Necesito buscar distracción, olvido, para que nadie pueda adivinar esta lucha horrible de mi corazón, que quisiera creer, tener alas, y se ve en el fango de la incredulidad, encadenado por el vicio. Precisamente tenía precisión de hacer un viaje a Madrid. Prepárame la maleta para esta noche. Saldré en el primer tren. Hasta luego.

Enrique.—Mamá, nuestro padre no cree en Dios? ¿No nos quiere a nosotros? ¿Por qué entonces me dijo que me acompañaría a comulgar?

Rosa.—Tu papá es bueno, hijo mío. Debes quererlo mucho.

Enrique.—Dime, mamá. Los que no creen en Dios, ¿a quién le rezan? Cuando ven el cielo y el sol, el mar y las flores, ¿no saben que sólo El pudo hacerlos? Los que no creen, ¿serán ciegos o no tendrán almas como nosotros?

Marinieves.—Te diré, hijo mío.

Rosa.—Calla, Marinieves. Respeta siquiera la inocencia de un niño. Grande es la malicia del corazón que reniega de su Creador; pero nada hay más despreciable que escandalizar a los inocentes.

Marinieves.—Tú dirás lo que quieras; pero con tanta Religión y tanto razonamiento, mi hermano sufre y es un desgraciado. Cada vez se aleja de la casa con más frecuencia. Este viaje de ahora, ¿quién sabe hasta cuándo le tendrá por ahí? ¿No sería mejor que os dejarais de sutilezas y no turbaras su vida?

Rosa.—No, Marinieves. Es mi deber de esposa cristiana el que me obliga a sacudirle de ese sueño mortal que podría llevarle a su perdición eterna.

Marinieves.—Pero sufre demasiado!

Rosa.—Más sufro yo, querida mía. Cada vez que se aleja de nuestro lado, deja un vacío tan grande en este hogar, me encuentro en una soledad tan espantosa, que sin el auxilio de mi Fe, aborrecería hasta la vida. Pero tengo la seguridad de que mis palabras, llenas de Fe y de amor, no caen en el vacío. El lucha; quisiera ser incrédulo. Pero su inteligencia es clara, y su corazón muy noble, y no pueden apagar en su conciencia la voz de Dios. El temor que tengo es, que cuando despreciamos la verdad, y queremos alzarnos contra el Infinito, El nos somete a su ley por el camino de la tribulación y del dolor. ¡Qué tristes presentimientos tengo, Marinieves! Dios purifica con sangre la obstinación de los pueblos, y España empieza a rodar por el abismo de la incredu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

lidad (Llorando). Tú ves mi dolor, Dios mío! Oye mis gemidos y escucha la oración de una esposa desgraciada!

Enrique (Acariciándola).—¿Lloras, mamá? ¿No me tienes a mi? Yo rezaré mucho por papá, le hablaré de Dios y de mi primera Comunión. Tú me bordarás la túnica que me has ofrecido; y una mañanita, iremos juntos a la iglesia. Papá me llevará de la mano, y tú llorarás, como ahora; pero de alegría. Después, cuando el Señor esté en mi corazón, yo seré en sus manos una florecilla y le pediré que antes de perder la Fe, me lleve con El al Paraíso.

(Queda casi sentado en las rodillas de su madre, rodeándole el cuello con sus brazos.)

Telón

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ACTO SEGUNDO

Angel Pablo, en Madrid, ha sido sorprendido por la Revolución roja, y se ha enrolado, para salvarse y por simpatía en las filas marxistas. Aparece una Checa. Un cuadro de suprema angustia, de hambre, de tristeza, de abandono. Pero también de Fe y de fortaleza. Un niño envuelto en una manta, acostado en un ángulo. Las prisioneras, están abatidas.

Prisionera 1.—Animo, amiga mía. Un poco de sufrimiento y después la paz absoluta. El premio que no tendrá fin.

Prisionera 2.—Sí, la esperanza no me abandona. Pero no puedo más. Es demasiado, Carmen. Llevo cinco noches sin dormir; casi no he probado más que unos sorbos de caldo. Deseo morir pronto; la muerte cuanto antes, mejor que seguir en esta situación insostenible.

Prisionera 3. Un poco de agua, amigas mías. Me abrasa la fiebre.

Prisionera 4.—No tenemos ni una gota que darte. Cuando venga el carcelero, yo le pediré, aunque sea de rodillas, un vaso de agua para ti.

Prisionera 5.—Y qué os parece amigas, ¿escaparemos de aquí?

Prisionera 1.—Qué difícil será. Sólo un milagro podría salvarnos. Estamos en la checa más espantosa de Madrid. Centenares y millares de víctimas entraron ya en esta horrible prisión para no salir más. A media noche, en la obscuridad más densa, se oyen diariamente espantosas descargas, gritos horrendos, oraciones de los mártires y blasfemias de los asesinos. Después... sigue el silencio. Por la mañana, siempre falta un grupo, que se hundió en las tinieblas del crimen, pues no aparecen más.

Prisionera 6.—Pues si no tenemos esperanzas humanas, encendamos nuestra Fe y miremos la muerte cara a cara. Qué hermoso

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

sufrir por el nombre de Cristo! Qué felicidad volar al abrazo de Dios, después de haber derramado la sangre por la Cruz y por España!

Pris. 4.—Es verdad. Cuando mis verdugos me arranquen de aquí y me insulten, y me pongan frente a la cara sus fusiles, yo pensaré en mi amado, en Cristo Rey. Y mi voz tendrá fuerza suficiente para que después de sonar la descarga, todavía lleguen a sus oídos mis palabras de Fe y de perdón.

Pris. 3.—Pues yo, la mayor tranquilidad que llevo a la muerte, es saber que Franco aplastará el comunismo. Ellos han quemado millares de templos, han saqueado los Bancos, han asaltado nuestras casas, han asesinado a toda mi familia; a mis hijos, a mis padres. A mi esposo lo llevaron para otra cárcel, y no sé qué habrá sido de él. A mí me darán muy pronto la palma del martirio. Pero sobre nuestra sangre y nuestro dolor, quedará más firme que nunca la Fe de Cristo.

Pris. 2.—Yo permanecí oculta con mi familia en un sótano, por espacio de varios meses. Casi sin aire, sin luz. Pasando hambre, sed, enfermedades. Esperábamos la llegada de las tropas libertadoras de un momento a otro. Pero en vez de llegar ellas, llegaron las Brigadas internacionales. Más de cincuenta mil hombres, con toda clase de armamento, entraron en Madrid, dirigidos por franceses y rusos. Las pesquisas fueron cada vez más rigurosas. Una nube de espías recorrió casa por casa; robando, asesinando, violando y encarcelando. A un hijo mío que nombró a Dios, pidiendo misericordia, le saltaron los ojos en mi presencia. A mi madre, enferma y paralítica, la asesinaron. A mí, desmayada, sin pulso, sin razón, sin lágrimas, me trajeron a esta checa, para prolongar mi martirio.

Pris. 7.—No sigamos contando desgracias. Sería cosa de no terminar. Y perderíamos la fortaleza que necesitamos, para morir como cristianos.

Pris. 8.—Y se sabe algo? Por fin, será cierto que Franco va ganando la guerra? A pesar de las brigadas francesas y rusas, y de la cantidad de armamento que le llega al gobierno rojo de todo el mundo?

Pris. 7.—Sí, Franco va despacio, pero seguro. En mi casa teníamos una radio escondida dentro de la pared, y escuchábamos todas las noches a Queipo de Llano. Las noticias no pueden ser mejores. Los rojos van de desastre en desastre. Quisieron dar una batalla definitiva y aplastar a los rebeldes, como dicen, en Brunete. Cien mil soldados, multitud de tanques, de cañones, ametralladoras y más de trescientos aviones se echaron de improviso sobre el frente de ese pueblecito. Lo aniquilaron por completo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pero unos cuantos valientes, luchando hasta morir, detuvieron su empuje, dando tiempo a que llegase Franco en persona. Nuestro Caudillo, vió en un momento la situación. Trajo fuerzas numerosas. Dirigió la batalla. Y el resultado de tan tremendo combate fué: *más de cien aviones derribados, más de cincuenta mil bajas* en los rojos, entre muertos, heridos y prisioneros; y un botín inmenso de armas y víveres.

Pris. 1.—Qué alegría! La victoria de España está cerca. Un nuevo sol de justicia alumbra a nuestra Patria. Ese sol no lo veremos *nosotras, pero veremos otro mucho más brillante, que es el rostro de Dios.*

Pris. 5.—Yo estoy resignada a tu voluntad, Dios mío. Pero quiero vivir. Por él, por Fernando, el amado de mi corazón. Todo nos sonreía en la vida. Pronto formaríamos el hogarcito soñado tantas veces; *él me quería con delirio. Yo vivía para él. ¿Por qué* me quieren asesinar? ¿De qué soy culpable? ¿A quién hice daño jamás? Dios mío, ¡la vida! No permitas que muera en manos de tus enemigos! Concede la victoria a nuestros ejércitos. Dime, amiga mía, ¿no adelantan las tropas de Franco?

Pris. 7.—*Sí.* Esta Cruzada que empezó como una loca aventura, que no tenía consistencia de ninguna clase; que al principio no contaba más que con una Fe muy grande y unos corazones llenos de valor y patriotismo, es hoy algo invencible. Franco se vió aislado en Marruecos. La Escuadra, casi íntegra, era del gobierno, que contaba además con el oro de los Bancos, con la Policía, Guardia de Asalto, y casi toda la Guardia civil. El pueblo estaba armado, y esta era la gran fuerza antinacional. El Ejército siguió en gran proporción a Franco. Sin embargo, las grandes poblaciones quedaron todas adictas al Gobierno. Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao... eran de los rojos.

Queipo de Llano, a la desesperada, se imponía en Sevilla. Moscardó resistía como un león en el Alcázar. Aranda, cercado por más de cuarenta mil rojos, se defendía en Oviedo, con tres o cuatro mil hombres. Mola, era el dueño de Navarra. ¡Navarra, sí! Ella, aunque el Movimiento hubiese fracasado en toda España, se habría mantenido firme, y hubiera desaparecido, antes que entregarse al marxismo. Por eso Franco le ha concedido la Cruz laureada.

Pris. 3.—¿La Cruz laureada?

Pris. 7.—Sí. La más alta recompensa ha sido otorgada a esta ciudad heroica por el Caudillo. Yo escuché la reseña por la radio, y fué algo escalofriante. Franco, en un balcón de ancha plaza, llena de una multitud incontable, puso la brillante insignia, en la bandera. El cronista de guerra dice, que en los rostros curtidos de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aquellos héroes, brillaban lágrimas. Las mujeres, enlutadas casi todas, caían de rodillas. Los niños, en los brazos de sus padres, se levantaban para ver lo más grande de su vida. Las bandas de música tocaban una y otra vez los himnos nacionales. Mientras se estremecía el espacio por el voltear de todas las campanas y el estampido de cien salvas.

Pris. 4.—Entonces nosotras no podemos abrigar ninguna esperanza de salvación?

Pris. 7.—Es casi imposible. Madrid era la cabeza del monstruo rojo, ha sido escogida por los comunistas, como sitio de resistencia. Para entrar en Madrid violentamente, habría que destruír mucho de ella, y sacrificar muchas vidas. Franco ha preferido tenerla sitiada hasta obligarla a que se rinda. Nos ha tocado ser víctimas; pero mientras las tropas rojas se desgastan en esta resistencia absurda, las fuerzas nacionalistas tomaron Badajoz y Toledo, se apoderaron de casi toda la provincia de Madrid. Entraron en Irún, en San Sebastián, en Málaga, e Bilbao y en Santander; terminando con la reconquista total de Asturias, donde batallones enteros se entregaron a las fuerzas de Franco, que han alcanzado un botín enorme, y más de sesenta mil prisioneros.

Pris. 2.—¡Gracias a Dios! El triunfo es nuestro. Si no lo gozamos nosotras lo gozarán nuestros hermanos, nuestros descendientes. España emprenderá de nuevo su camino triunfal y será el imperio espiritual más grande del mundo. Nosotros sucumbiremos, ciertamente. Lo siento por mi niño.

Pris. 4.—¿Pero es suyo?

Pris. 2.—No, pero lo quiero como si fuese mío. Era hijo de unos vecinos míos católicos de corazón. Pocos días después de estallar el movimiento fué asaltada la casa, asesinada la familia a cuchilladas, y solamente se salvó esta criatura de siete años, enfermito; a quien dejaron, para mayor escarnio, acostado en su cunita. A la mañana siguiete, cuando presencié aquel cuadro de horror, creí perder el juicio. Recogí al niño, lo llevé a mi casa, hasta que también me llegó el turno y caí en las redes de los espías, para ser encerrada en esta checa. Sigue enfermito; la fiebre lo consume. Tal vez no tengan tiempo sus verdugos de asesinarle.

(Entra violentamente una miliciana, conducida por Angel Pablo.)

Angel Pablo.—¡Traidora, fascista! Es inútil que te pongas la ropa de miliciana. Tú eres una espía. Estás vendida a los facciosos.

Miliciana.—No soy espía. No estoy vendida a nadie. Pero con vosotros no quiero estar ni un día más. Matadme si queréis. Arrancadme la vida, que para nada la quiero. Sois unos farsantes y unos cobardes. Habéis llevado a mi marido a las trincheras enga-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ñado; y allí ha muerto estúpidamente para que vosotros sigáis viviendo en los palacios. Me habéis arrebatado a mis dos hijitos de mi alma, para llevárselos a Rusia. No puedo sufrir más. ¡Os odio, os maldigo! Marxismo infame que has arrastrado a los obreros a todas las desgracias; Rusia impía que has destruído nuestras Iglesias y has arrancado de nuestros brazos a nuestros hijos: ¡os maldigo!

Angel P.—Maldice, reniega, escupe todo el veneno que quieras. Poca vida te queda. Gustarás las delicias de la checa unos cuantos días y después te darán el paseíto.

Miliciana.—¡Cobarde, asesino! Búrlate de una mujer, ultrájame cuanto quieras. Yo vuelvo a los brazos de mi Dios. Tengo Fé y creo en El. Moriré como lo que fuí siempre: como cristiana. Y Jesucristo, mi Redentor, me dará su perdón y su misericordia.

Angel P.—Sigue, sigue rezando. En algo tienes que pasar el tiempo. (Se va).

Miliciana.—Gracias a Dios que he salido de ese infierno. Ahora descansaré aquí a vuestro lado unos días, pensando en mi alma; preparándome tranquilamente a morir. No me importa el hambre, ni el frío, ni el dolor. Todo me parece poco para alcanzar una muerte tranquila con la confianza puesta en Dios. Pero aquello... es peor que todo.

Pris. 3.—¿Tanto has sufrido?

Miliciana.—Muchísimo. Al principio creíamos los pobres que las promesas de los jefes eran ciertas. Nos decían que íbamos a ser iguales; que se acabaría el trabajo; que todos seríamos ricos. Infames. Estalló la guerra. Y mientras ellos se quedaban en los palacios y en los mejores hoteles, con autos lujosos, gozando de todo, a los obreros los llevaban a morir a las trincheras, como a manadas de esclavos, a latigazos, mientras las mujeres deshonradas y hambrientas, pasábamos por la más terrible de las desgracias: ver como venían por nuestros hijos, para llevárselos a Rusia.

Pris. 8.—¡Qué horrible! También yo guardo un recuerdo tristísimo de mi convento. Nuestra Comunidad vivía ajena por completo al peligro de esta Revolución. Temíamos algo, es cierto. Pero nunca podíamos imaginarnos que una ciudad, en pleno siglo veinte, pudiera convertirse en una selva de fieras. A las dos de la madrugada del 25 de Julio llegó un grupo de rojos a nuestro Convento. Nos despertamos sobresaltadas, sin saber de qué se trataba. Aquella turba de asesinos entró en la clausura, iluminada por el incendio que devoraba nuestra Capilla. Entre blasfemias, insultos y risotadas nos arrancaron de nuestro refugio como lobos hambrientos. No pudimos despedirnos, ni hemos vuelto a saber

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

anas de otras. Algunas quedaron allí acribilladas a balazos, rematadas a golpes. Otras, las más jóvenes, fuimos arrastradas a todas las torturas y humillaciones. A mí me trajeron finalmente a esta checa, donde aguardo la muerte como la más feliz de las esperanzas.

Angel P.—(Entra diciendo): El Tribunal pide dos voluntarias.

Pris. 1.—Yo soy una.

Pris. 6.—Y yo.

Pris. 4.—Y yo.

Pris. 5.—No, amiga mía. Te pido este favor. No quiero pasar por la pena de saber que tú también me dejas en esta vida de tanto dolor.

Pris. 4.—No, no. Deseo morir pronto. Cada hora que pasa es una hora que retrasa la felicidad de verme junto a los mártires y los santos, junto a mi Madre, la Reina del Cielo, cerca de mi Dios, que es mi Amor y mi ambición, mi tesoro y mi alegría.

Pris. 2.—Dejadme a mí el puesto de preferencia. Vosotras sois más jóvenes. Os encomiendo a mi niño. No le abandonéis. Si lográis salvar la vida miradle como a un hijo. Es muy bueno y de sentimientos angelicales.

Angel P.—Vamos, ponerse de acuerdo, que no hay tiempo que perder.

Pris. 6.—Señale usted mismo las que quiera. Todas hemos ofrecido la vida por España y aguardamos el martirio como la más preciosa corona.

Angel P.—(Aparte.) ¡Qué grandeza de alma! Nunca creí que la Fé pudiera llegar a producir este heroísmo. Estoy avergonzado de mí mismo. Pero no tengo más remedio que seguir disimulando hasta el fin. Mis manos no se han manchado de sangre ni se mancharán jamás, porque no soy asesino. Empiezo a comprender que solo hay honradez y virtud entre los que siguen a Cristo. ¡Cómo pienso en vosotros! ¡Cómo pediréis a Dios por este desdichado!

Pris. 9.—(Entra con gran excitación.) ¡Compañeras, huyamos pronto! ¡La prisión está ardiendo! (Sale Angel Pablo.) Un grupo de hombres acaba de asaltarla. No sabemos si vienen a asesinarnos o a libertarnos. De todos modos es preciso buscar la salida sea como sea, antes que morir entre las llamas.

Pris. 4.—¿Huir? ¿A dónde? Sería correr a las manos de nuestros verdugos. ¡Las salidas están tomadas por nuestros carceleros!

Pris. 5.—¡Misericordia, Dios mío! (De rodillas.) ¡Salvadnos de las llamas! ¡Tú solo puedes socorrernos!

Angel P.—(Entra.) ¡Qué horror! Un grupo de rusos acaba de sorprender a la guardia y son dueños de la prisión. ¡Es demasiado! Vuestra sangre inocente no caerá sobre mi conciencia. Tomad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

esta llave. Seguid esa galería. (A la derecha.) Y, al final, abrid la puerta que encontraréis. Solamente así podréis escapar de una muerte cierta.

(Todas se marchan apresuradamente.)

Pris. 2.—(Cogiendo al niño en brazos.) ¡Mi niño! ¡Cómo arde su frente! ¡Pobrecito! ¡Ven, ven conmigo y no temas!

Angel P.—¿De quién es este niño?

Pris. 2.—Es un huérfano. Pero yo le quiero como si fuese mi hijo.

Angel P.—Mujer, huye tú sola. Con él en brazos sucumbiréis los dos. Te prometo defenderlo como a mi vida. Te doy mi palabra de honor. Yo también soy padre y por mis hijos te juro salvarle o morir defendiéndole.

Pris. 2.—Creo en su palabra. Que el Señor os defienda. Adiós. (Huye.)

Angel P.—Ha llegado mi hora. Me abriré paso entre las fieras, como una fiera más. Atravesaré el corazón del que se me ponga en el camino.

Huérfano.—¿Quién es usted? ¿A dónde me lleva?

Angel P.—¿Cómo te llamas, hijo mío?

Huérfano.—Usted no es mi padre. A mis padres los asesinaron una noche un grupo de criminales. ¿Va usted también a matarme?

Angel P.—No. No tengas miedo. La prisión ha empezado a arder. Yo te quiero salvar. Conozco un camino seguro por donde tranquilamente podremos huir sin que nadie nos lo impida. Pero necesito que vengas contento conmigo. Si dieses un grito y nos descubriesen nos quitarían al punto la vida.

Huérfano.—Yo no quisiera huir. Me gustaría ser mártir también como mi padre y mi madre. Ellos ya están en el cielo y yo quiero irme con ellos. Mi madre me estaba preparando para hacer la primera Comunión. Allí, junto al Señor, mi Comunión será eterna.

Angel P.—No temas, amiguito. Yo te llevaré junto a mi hijo. Un niño como tú, que también cree en Dios y se prepara para recibirle.

Huérfano.—Entonces, ¿tú crees en Dios?

Angel P.—Sí, también yo soy cristiano. Pero no hay tiempo que perder. Las llamas van avanzando. Muchos de los que huyen caerán atravesados por las balas. Encomiéndame a Dios, hijo mío, y corramos en busca de la libertad y del amor. (Toma al niño en brazos.)

Huérfano.—Padre nuestro, que estás en los cielos...

(Salen.)

TELON

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ACTO TERCERO

Escena familiar. Habitación o jardín. Aparece Enrique sentado en el suelo, jugando, con una caja de construcción. Rosa y Marinieves están paseando.

Enrique.—¿Estará Dios disgustado de mí, mamá? Tanto como le pido por papá y nunca viene.

Rosa.—No hay que perder las esperanzas. Cuántos hay que se han dado por muertos y después han aparecido.

Enrique.—Mañana, cuando haga la primera Comunión, se lo voy a pedir al Señor con toda mi alma. Seguramente Dios escuchará mi petición.

Rosa.—Mañana va a ser un día muy grande, pero triste. Faltando él parece que falta todo.

Marinieves.—Sin embargo, es preciso resignarse a lo que sea. ¡Cuántos hogares se han cubierto de luto con la guerra! ¡Cuántas familias se han quedado casi destruídas o deshechas del todo!

Rosa.—¡Qué azote más terrible este de la guerra! ¡Y, sin embargo, nos lo manda Dios que es un Padre! Es que por el dolor y el sacrificio quiere purificar nuestro corazón. España necesitaba esta guerra para volver a lo que siempre había sido. Nos habíamos apartado del Evangelio con la mayor rebeldía. La Sociedad vivía prácticamente sin Religión alguna. Las modas habían hecho perder el pudor de casi todas las mujeres. El Cine era una escuela de inmoralidad y de crimen. La prensa un arma envenenada en poder del judaísmo y la masonería. Al lado de palacios y templos lujosísimos se morían, de hambre y de frío, niños y ancia-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

nos. Se explotaba y se engañaba al obrero, que apartado también de Dios, buscaba su placer en la taberna. ¿No crees tú, Marinieves, que una Sociedad así camina a la muerte? El matrimonio estaba envilecido; por todos los medios imaginables se luchaba contra la natalidad, que es el fin primordial y sagrado de la familia. Dondequiera se veían parejas sin pudor ni respeto; hogares manchados por el adulterio, por la embriaguez o por el juego.

Marinieves.—Es cierto. España entera se desplomaba podrida por todos los vicios.

Rosa.—Ante un cuerpo atacado por la gangrena no queda más defensa que la cirujía. Y esto es lo que Dios ha hecho para salvar a España. Nos ha herido, nos ha dejado que la sangre corra a raudales; pero nuestra Patria se ha salvado. Renace la Fé con más vigor y lozanía que nunca. Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera en las ciudades y en los templos, en los hogares y en los corazones. Una ola de misticismo, un hambre de santidad nos hace vibrar el corazón. Los soldados van cantando al combate, pensando en la Patria inmortal que se asienta sobre los luceros. No hay hambrientos, ni enfermos, abandonados por las calles como seres inferiores. Un sentimiento nuevo y fuerte de hermandad conmueve a todos. Franco, más que un Caudillo o un Jefe, es un Padre; un modelo vivo que a todos nos arrastra a ser mejores; a luchar con nobleza y desinterés por España.

Anita.—(Llega corriendo.) Una carta, mamá.

Enrique.—Carta de papá, seguramente. Papá viene.

Rosa.—No, no es para mí. Es tuya, Marinieves.

Marinieves.—Sí; de Carlos. No me falta en ningún correo.

Rosa.—Pues eso va de prisa. La boda la veo cerca.

Marinieves.—¡Qué sé yo! El ya es capitán. Ha ascendido dos veces por méritos de guerra, en las Brigadas de Navarra. Ha sido herido dos veces, gracias a Dios con fortuna. Ha quedado, según me dice, completamente bien.

Rosa.—Lo mejor que tiene, con tener tan buenas cualidades, es su corazón. ¡Qué hombre más cristiano y más ejemplar! Vais a formar un hogar modelo, porque tú, que antes defendías a veces la frivolidad, también has cambiado mucho.

Marinieves.—Sí, Rosa. Y quiero cambiar más todavía. He comprendido que el camino de la frivolidad no conduce a nada. Los hombres se burlan de la mujer coqueta; hablan de ella; se entretienen; se divierten... Pero después, la dejan y la olvidan. Un amor fuerte, un hogar feliz, unos hijos cristianos... eso es lo más hermoso de la vida. Y una mujer frívola no sirve para nada de esto. El hombre lo sabe; y por lo mismo, la desprecia. Oye y verás cómo él se explica:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

(Lee): "Cariño mío: Hoy hemos tenido una buena jornada. Fuimos atacados por sorpresa, y los cañones, ametralladoras y fusiles, no han callado en todo el día. Todo terminó con pocas novedades. Huyó el enemigo una vez más, gracias a Dios.

Ahora duermen mis soldados, rendidos de cansancio. Y aprovecho esta quietud para dedicarte unos momentos. Tu recuerdo me sigue siempre, ya te lo he dicho repetidas veces. Es como una obsesión; como si fueses la misma llama de mi vida. En el momento del peligro, me parece que me estás mirando y me digo: "Quiero ser digno de ella. Que se sienta orgullosa de mí". No puedes figurarte cuánto eleva el corazón de un soldado el cariño de una mujer como tú, que eres una santa.

Me dices que rezas mucho por mí. No dejes de hacerlo, para que Dios nos sostenga siempre en su gracia; para la vida o para la muerte, según su voluntad, pero siempre suyo. Siempre con el alma limpia, digna de su mirada. Ya sé que has dejado aquellas niñerías que tanto defendías antes y que ahora combates como yo. Las pinturas déjalas para las feas; tú eres bastante bonita para mí, y no necesitas enmendarle la plana a Dios. Me gustas como eres: sencilla, sin artificio; como debe ser la compañera de un hombre que ha gustado con deleite el sacrificio de la guerra. Las frívolas, las coquetas, las bailarinas, las dejaremos de reserva para los prisioneros rusos. Los soldados de España no queremos más que mujeres cristianas de verdad, capaces de formar hijos para Dios y para la Patria.

Rosa (Interrumpiendo).—Qué alma tan hermosa! Así hubiera yo querido que pensara Angel Pablo.

Marinieves.—Mi hermano era noble. Nuestros principios, ya lo sabes, fueron muy cristianos. Después, en París, tanto él como yo, sufrimos el efecto de la corriente moderna. Pero ya ves. El te eligió a ti, conociendo lo cristiana que eres. Señal de que la frivolidad no la quería para sí.

Enrique.—Mamá, y nuestro padre, ¿por qué no nos escribe?

Rosa (Con amargura, disimulando).—No sé, hijo mío. Ya hace más de un año que no sabemos nada de él. Como le cogió en Madrid el Movimiento, no sé si caería prisionero o estará luchando.

Anita.—¿Le habrán matado, mamá?

Rosa (Temblando).—Calla, hijo mío. Confiemos en la misericordia del Señor. El puede hacer todavía el milagro de que vuelva a nuestro lado.

Enrique.—Mamá, yo quiero ensayar contigo la poesía que me has enseñado para decírsela al Señor, cuando le reciba, pidiendo por papá.

Rosa.—Anda, sí. Empieza.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Enrique.—¿Y por qué no me pruebas la túnica para que me parezca que la estoy diciendo de verdad?

Rosa.—Como quieras, hijo mío. Vente y te la pondré. (Salen).

Anita.—Tita, ¿quieres que yo me pruebe mi vestido nuevo? Tú me lo pones y ahora cuando vuelvan, me encuentran a mí también de estreno.

Marinieves.—No seas niña, mujer. Tú ya eres una mujercita. El es tan chico que hay que darle los caprichos que se puedan. Además, está desconsolado porque va a hacer la primera Comunión sin ver a su padre. Al principio, ya te acordarás, cuando estalló la guerra y pasaban los días sin que supiéramos de él, tu hermanito enfermó y casi creímos que no se salvaba. Perdió por completo el apetito; la fiebre empezó a consumirle. Sus ojitos tristes se llenaban de lágrimas con frecuencia. De noche, en el delirio, se sentaba en su cunita llamando: "Papá, papá". Otras veces, en todo el fuego de la fiebre, decía que le veía. "Mírale, mamá—gritaba—. Está aquí, quiere besarme. Pero me aprieta en las sienes con la mano; me hace mucho daño. ¡Pobrecito, qué ilusión tenía con su padre!

Anita.—Yo también la tenía, Tita. Yo le quería más que mi hermano.

Marinieves.—No te lo niego. Pero como eres mayor, te fuiste resignando con más fortaleza. Tu hermano, que a todas horas buscaba a su padre para todo; que no podía vivir alejado de él, cuando se dió cuenta de la terrible desgracia que nos ocurría, empezó a llorar, dejó de comer, perdió el sueño y casi pierde la vida.

(Entran Rosa y Enrique, vestido éste con túnica celeste).

Marinieves.—¡Que guapísimo estás, chico! ¡Dame un beso!

Anita.—¡Qué precioso!

Rosa.—No he podido esmerarme mucho, porque no tengo gusto para nada. Pero, ¿no queda mal, verdad?

Marinieve.—Un verdadero Niño Jesús.

Rosa.—Bueno, pues a ver cómo recitas ahora. Piensa que lo estás diciendo delante de papá. Que él te oye. Debes de juntar las manos, así. (Se las junta).

(Enrique se adelanta y con postura sencilla y angelical, dice:)

Mira a tus pies, Señor, a una ovejita
que se muere de amor;
y como flor que mustia se marchita,
de tu Costado el agua necesita.
Confórtala, Señor!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tú sabes consolar a los que lloran
con tus raudales de divina luz,
y confortar a los que fuerza imploran
con el valor inmenso que atesoran
tus espinas, tus clavos y tu Cruz.

Devuélveme a mi padre, Jesús mío:
sólo con él la vida gozaré;
yo en tu poder sin límites, confío,
y sé que encenderás mi pecho frío
con su feliz regreso y con su Fe.

Defiéndelo de todo, Jesús bueno,
que te conozca a Ti,
que nunca aspire el infernal veneno
ni se empañe el azul limpio y sereno
que es anticipo de la gloria aquí.

Quiero vivir por ti, ser todo tuyo;
morir primero que a tu ley faltar,
confesar que te sigo, con orgullo,
y ante la tentación, decir: "Soy suyo,
me he consagrado a Cristo al Comulgar".

Rosa.—Bien, hijo mío. Basta por hoy. Ahora a descansar, que mañana muy temprano tenemos que estar en la iglesia.

Enrique.—No podré dormir esta noche, mamá. Es demasiada la alegría que me salta en el corazón. Por que no me dejas aquí, que esté solo un ratito pensando en mi primera Comunión? No sé lo que me pasa, pero necesito rezar mucho. Me acuerdo de papá más que nunca. Me parece que voy a verle entrar de un momento a otro. Déjame aquí. Cuando rezo en el jardín, mirando a las estrellas, me parece que Dios me escucha mejor.

Rosa.—Bueno, hijo mío. Hazlo como quieras. Adiós. Dentro de un rato volveré por aquí y te acompañaré a tu camita.

Enrique (Se hinca de rodillas. Permanece rezando unos momentos, en silencio. Se apagan las luces y queda su figura en escena, enfocada por el reflector).—Soy muy feliz, Señor; pero una pena terrible me ahoga. Mi padre no está. Mi padre no cree en ti. Si ha muerto, estará alejado de ti para siempre. Si vive, tal vez estará entre tus enemigos, los que te persiguen y aborrecen. Jesús mío. Tú que tanto amas a los niños, Tú que siempre has escuchado la voz de tus amiguitos, óyeme a mí; trae a mi padre a mi lado. Y que venga con Fe. Que te conozca y te ame, como yo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te quiero. Tú lo sabes, Señor, cuánto te quiero. Mi vida, mi cariño, mi alma, todo es tuyo.

(Aparece silenciosamente Angel Pablo por el fondo; viene vestido de falangista y con boina roja, y trae al huerfanito de la mano).

Pídeme el sacrificio que quieras. Castígame a mi como gustes. Pero que mi padre venga y crea en Ti.

Angel P.—Enrique, Angel mio. (Se ha acercado hasta llegar junto a él. Extendiéndole los brazos para abrazarle).

Enrique.—¡Papa. Papá! (corriendo a abrazarle). Eres tú? Dios mío, es de verdad mi padre?

Angel P.—Sí, hijo mio. Yo soy. El Señor ha escuchado tus súplicas. Vuelvo a tu lado y creo en El.

Enrique (Llamando).—Mamá, Anita, papá está aquí.

(Llegan todos apresuradamente).

Anita.—Papá, papá.

Rosa.—¡Angel Pablo!

Marinieves.—¡Hermano mio!

Angel P.—(Va respondiendo a los saludos) Rosa! Marinieves!

Rosa.—Gracias, Dios mío! Y este niño?

Angel P.—*Dios nos lo envia. Es un huérfano de la guerra, y como* está solo en el mundo, nosotros seremos sus padres.

Rosa.—Y tú? Cómo te has salvado? Cómo no avisaste?

Angel P.—Os escribí varias cartas, ¿No habéis recibido ninguna?

Rosa.—No. Irían a nuestra antigua dirección, y claro, se han perdido. La casa que vivíamos fué deshecha por la aviación. Tuvimos que buscar alojamiento fuera de Pamplona, que continuamente era bombardeada. Y nos vinimos a este pueblecito. Pero y tú?

Angel P.—Es historia larga de contar. De momento, os diré tan sólo que vuelvo otro, por completo. Te dije antes de partir que era ateo, ¿recuerdas?

Rosa.—Sí. Pero no lo creí.

Angel P.—Pues, sí. Entonces quizá lo era. Hoy creo como vosotros. Llevo encendida como nunca en mi alma la llama de Cristo, la Fe de Navarra. He visto lo que es la sociedad apartada de Dios. He presenciado crímenes tan horrendos que ni siquiera pueden imaginarse. Un pueblo sin Religión, es peor que la selva. Pude escapar de Madrid, con este niño en mis brazos. Cuando llegué a las trincheras nacionalistas, iba herido en una pierna. Me llevaron al Hospital, donde me curaron con todo cariño. Después he luchado con ellos, en las Brigadas de Navarra, purificado mi corazón en el fuego sagrado de esta Cruzada, la más noble y bri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

llante de la Historia. Ahora vengo, para veros nada más. Quiero en seguida marchar junto a los nuestros, a luchar con Franco.

Enrique.—Y este niño, también ha estado en la guerra?

Angel P.—No. El quedó con las monjitas del Hospital, donde yo estuve. Ahora he querido traerle, para que sea un hermanito más entre vosotros.

Enrique.—Y tú, papá, vendrás conmigo, que hago mi primera Comunión?

Angel P.—Sí, hijo mío. Y comulgaré con vosotros. La fe es lo único que nos eleva y engrandece. España entera ya es como Navarra. Los incrédulos hemos tornado a Cristo. Las mujeres frívolas empiezan también a sentirse españolas.

Marinieves.—Si te refieres a mí, te diré que también soy otra. Tengo proyecto de matrimonio con un joven capitán, valiente y cristiano, tanto por lo menos como tú.

Angel P.—Te felicito, hermana mía. Dios nos favorece por igual a todos. España se ha salvado del Comunismo. Y Franco, el Caudillo, va a ser en nuestra Patria el paladín de la civilización y la espada de la Justicia.

Y lo será por el heroísmo de Navarra, por el sacrificio de la España auténtica, y quizá principalmente, por las mujeres, que como tú, esposa mía, han mantenido en las almas las divinas creencias. La mujer, en los hospitales y en los templos, con su abnegación y sus oraciones, ha sido la formadora de los héroes y el sostén de los mártires.

Rosa.—(Al huérfano) Tú, hijo mío, ven a mis brazos. Si has perdido a tus padres, aquí tienes hogar, padres y hermanos, que te querrán como un regalo del Cielo.

Huérfano.—Yo también seré para vosotros un buen hijo.

Enrique.—Yo seré tu mejor amigo. Y cuando hagas la primera Comunión te dejaré mi túnica, para que seas tan feliz como yo.

Anita.—Tú nos contarás tus penas y nosotros te prestaremos nuestros juguetes y nuestras estampas.

Marinieves.—Este huerfanito me pertenece. Vosotros ya tenéis hijos hermosos en quienes recrearos. Yo quiero colaborar también en esta Cruzada, consagrando mis ternuras a un huérfano, a la víctima más inocente de este castigo nacional.

Angel P.—Noches de insomnio y de duda. Horas amargas, en que resonaban tus palabras, mujercita mía, como estampidos en mi conciencia, llamándome a Dios; horrores de la checa; sangre de los mártires, que íbais llenando de claridades mi alma! Al fin ha llegado la hora tan deseada por mí, en que me encuentro con los míos, entre la santidad y la inocencia. ¡Gracias, Dios mío!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Que sanaste las heridas horribles de mi corazón. Creo en ti, y te adoro como al único Bien infinito de mi vida.

Ahora comprendo, Rosa, todo tu amor y la grandeza de tu Fe. Tú fuiste, con tus palabras, la luz del amanecer en la noche de mi incredulidad. Y formaste en mis hijos un corazón de ángel, que es el mayor tesoro de este mundo. Tu alma navarra, vive en ellos y alienta en mí. En este momento, que es para mí el de mayor emoción y felicidad de mi vida, me siento orgulloso de haber escogido por esposa a una hija de Navarra, tierra de bendición, cuna de héroes, sepulcro de mártires, asiento de la Cruz, lábaro y templo, castillo y altar, espejo de honradez y arca de la Tradición.

¡Navarra única! ¡Navarra inmortal! El Caudillo te ha levantado sobre los pueblos todos de la tierra, grabando en tu escudo la Cruz Laureada de San Fernando, la recompensa reservada a los ungidos por la gloria.

Anita.—Mamá, un beso muy fuerte; la Cruz Laureada es también un beso infinito con que España premia el heroísmo de Navarra! (Abraza a Rosa y quedan abrazados mientras cae el

Telón

(Al fondo, en la decoración, una bandera española con la Cruz Laureada, y una inscripción que diga "GLORIA A NAVARRA". Cuando Angel Pablo dice: "tu alma navarra vive en ellos", etc., la banda o la orquesta, empieza y continúa hasta el final, la Marcha Real, pianísimo, para que se oiga claramente la voz del actor).

A. M. D. G.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009